

Is 7, 10-14.

En aquellos días el Señor volvió a hablar a Ajaz y le dijo: «**Pide un signo** al Señor, tu Dios: en lo hondo del abismo o en lo alto del cielo». Respondió Ajaz: «No lo pido, no quiero tentar al Señor». Entonces dijo Isaías: «Escucha, casa de David: ¿no os basta cansar a los hombres, que cansáis incluso a mi Dios? Pues el Señor, por su cuenta, os dará un signo. **Mirad: la doncella (allmah) está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel**».

Rom 1, 1-7.

Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, escogido para el Evangelio de Dios, que fue prometido por sus profetas en las Escrituras Santas y se refiere a su Hijo, nacido de la estirpe de David según la carne, constituido Hijo de Dios en poder según el Espíritu de santidad por la resurrección de entre los muertos: Jesucristo nuestro Señor. **Por él hemos recibido la gracia** del apostolado, para suscitar la obediencia de la fe entre todos los gentiles, para gloria de su nombre. Entre ellos os encontráis también vosotros, **llamados de Jesucristo**. A todos los que están en Roma, amados de Dios, llamados santos, gracia y paz de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo.

Mateo 1, 18-24.

*La generación de Jesucristo fue de esta manera: María, su madre, estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, como era justo y no quería difamarla, decidió repudiarla en privado. Pero, apenas había tomado esta resolución, se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: «José, hijo de David, no temas acoger a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella **viene del Espíritu Santo**. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados». Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que había dicho el Señor por medio del profeta: «**Mirad: la virgen (parthenos) concebirá y dará a luz un hijo y le***

pondrán por nombre Emmanuel, que significa “Dios-con-nosotros”.

Las lecturas de los cuatro domingos de adviento nos hablan de la **Promesa de salvación** definitiva hecha por Yahvé a su pueblo y recordada por los profetas. Esas lecturas han alimentado, sostenido e iluminado esa esperanza en su llegada, cuya presencia los profetas se empeñaron en enseñar a discernir.

Esas lecturas han preparado nuestros corazones y alimentado nuestra esperanza.

Con imágenes **llenas de fuerza y sentimiento**, capaces de introducir a los oyentes en la novedosa transformación prometida por Yahvé, los profetas hablaban de aquel *Día del Señor*, de su intervención liberadora y salvadora. Imágenes que hacen visible la transformación inaudita, el paso de la muerte a la vida, la novedad de la acción de Yahvé y su fruto.

Imágenes del desierto o la estepa, lugares de no vida, convertidos en vergeles y en **lugares llenos de vida**, gracias a la acción vivificante de Dios; imágenes que pretenden introducir emocionalmente en el resultado de esa Promesa.

Este último domingo esos signos de la Promesa **dejan la naturaleza para hacerse historia**. En la primera lectura, el **signo** es el nacimiento de un descendiente para un rey y una nación que se encuentran en una situación desesperada. Se promete que la dinastía y la vida seguirán.

Una doncella (*almah*) dará a luz a un niño que llevará el nombre de *Inmanuel*, Dios-con-nosotros. El signo alude a que Yahvé sigue caminando con su pueblo y el futuro sigue abierto.

En el evangelio, Mateo muestra el último eslabón en esa cadena de signos de la Promesa y presenta la forma en la que se cumple en Jesús de Nazaret. Pero hay

que saber mirar para ver. El evangelista **toma las palabras del profeta Isaías** para mostrar, con palabras de su tradición religiosa, y dentro de la historia de salvación de Israel, que el nacimiento y la vida de Jesús de Nazaret es el auténtico y desbordante cumplimiento de aquella promesa. Desde lo vivido con Jesús de Nazaret, desde la experiencia pascual y gracias a la acción del Espíritu Santo en la comunidad, se hace posible interpretar el auténtico significado de la vida de Jesús, cuyo nacimiento es sólo el inicio.

El relato tiene como centro a Jesús; es una declaración de fe cristológica, no mariológica. Tener eso en cuenta es decisivo a la hora de entender el mensaje profundo del evangelio de este domingo. No es una crónica histórica sino un **relato teológico**, encuadrado en los relatos de la infancia (Mt 1-2), cuyo objetivo es presentar los antecedentes de Jesús, su origen y hacerlo en clave teológica, de fe. Para ello, el evangelista utiliza un **género literario conocido y utilizado** ya en el Antiguo Testamento: los nacimientos excepcionales, pero llevado al extremo para señalar la diferencia y unicidad de Jesús.

Si en aquellos relatos, la Promesa de Yahvé superaba todas las barreras que parecían insalvables, como la vejez y esterilidad de las matriarcas, incluida Isabel, la madre de Juan Bautista, en el caso de Jesús se **añade otro obstáculo**: el no haber conocido varón. La presencia e iniciativa de Yahvé en la generación de Jesús se subraya aún más al eliminar a varón humano y mencionar al Espíritu Santo como origen de su generación y existencia. La Promesa y presencia de Yahvé queda subrayada de forma única. En Jesús se confiesa **la presencia de Dios con su pueblo** (Imm-anu-el) esperada; Jesús es esa presencia salvadora de Dios anunciada y tan anhelada por el pueblo, de ahí su nombre (Jeshuah: Dios salva). La paradoja que entraña será motivo de reflexión, adoración y gozo desbordante la noche de Navidad.

por Carmen Bernabé, teóloga biblista.